

darlo intacto y fresco, para que los que lo viesan conociesen en el milagro que ese mismo Dios le había hecho digno de su gracia, y de aquel alto merecimiento de morir en su defensa, confesando su santo nombre. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido; y juntamente con esto que a cabo de cinco días no tuviese alguna corrupción o mal olor, siendo tiempo de calores como dejamos dicho, porque fue muerto a 10 de junio, año de 1541, primero día de Pascua de Espíritu Santo. Llevado el santo cuerpo a Ezatlan, el sacerdote, su compañero, le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo; mas queriéndolo enterrar los españoles que se hallaron presentes, se lo quitaron a pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos días muerto. Fue enterrado con mucha devoción y solemnidad, y con voz de santo, en el convento del dicho pueblo. También es de advertir que fray Juan Calero tuvo tres nombres (porque ninguno se equivoque en ellos pensando que son diferentes) el uno Calero, que era el propio y que en el siglo tenía. También se llamó fray Juan de Esperanza; y con razón, porque nunca perdió la que tuvo de morir por la confesión del nombre y fe de nuestro señor Jesucristo. Llamáronle otros fray Juan del Espíritu Santo, cuya gracia siempre moraba en su ánima y tenía ordenado que acabase su vida con martirio en la santa festividad, que para él sería (sin duda) verdadera Pascua y día del alegría de su corazón.

CAPÍTULO II. *De fray Antonio de Cuéllar, guardián del dicho monasterio de Ezatlan, provincia de Xalisco*



L GUARDIÁN DE ESTA CASA DE EZATLAN, llamado fray Antonio de Cuéllar había ido en esta sazón (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de Mexico, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de mayo y llegó a Ezatlan mediado junio; y como cuando Moisés,¹ bajando del monte de recibir la ley, halló al pueblo idolatrando, así este siervo de Dios, cuando volvió del capítulo a Ezatlan, halló la tierra muy alborotada y muchos pueblos alzados y puestos en arma, y que se habían vuelto a la idolatría, a las vueltas de los infieles, los que eran cristianos, por los cuales había entrado en la sierra fray Juan Calero (como queda dicho en el capítulo pasado) y que los españoles se habían ya encontrado con los indios infieles y los indios con los españoles; en los cuales reencuentros habían muerto muchos indios de la una parte; y de la otra, cerca de treinta españoles. Y como el bendito fray Antonio era padre de aquella república, por haberla comenzado a poner en policía y predicado la palabra de Dios a sus moradores, luego como llegó comenzó a tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenían; y trajo muchos indios de paz y tornáronse a asentar y asegurar en

¹ Exod. 32.

sus poblaciones, como de antes estaban; porque los españoles lo amaban mucho y no menos los indios; y él se daba tal maña (mediante la gracia de Dios) que todos lo tenían por padre. Por esta causa habían rogado mucho a los preladados en el capítulo que no se lo mudasen a otra parte, más que le mandasen volver a Ezatlan, porque tenía puesta muy buena orden en lo espiritual y también en lo temporal y en todo le daba Dios gracia; y entonces más particularmente convenía mucho su vuelta para pacificar la tierra que tan alborotada estaba. Pues como él anduviese en aquellas obras de ángel de paz, procurándola entre todos y aumentando amor y caridad y destruyendo la discordia y guerra que los demonios sembraban, le llegó una obediencia de su provincial para que fuese a llevar un fraile a otro monasterio de un pueblo llamado Tzapotlan, porque en su compañía iría consolado, hizolo así el santo guardián; y dejando el fraile en su monasterio volvióse a su casa. Y a la vuelta fuese con algunos indios que lo acompañaban por un pueblo llamado Ameca, que está cuatro leguas de Ezatlan. Este pueblo de Ameca era uno de los que el siervo de Dios, fray Antonio, había recogido y poblado en un buen asiento, trayendo allí los indios de los montes por donde estaban derramados como salvajes, para que juntos, cerca de su iglesia, viviesen como hombres en policía y fuesen enseñados en la doctrina cristiana. Cuando entró en el pueblo hallólo medio despoblado, que los más de los indios andaban en el monte alzados de guerra; hízolos llamar fray Antonio, y como supieron que era venido y que los convidaba con la paz, acudieron muchos al balido; mas otros, menospreciando y teniendo en poco sus palabras, no quisieron venir a su presencia sino quedarse alzados y certeros en compañía de los de otros pueblos que andaban de guerra. Asegurados y consolados los que de paz habían venido, un viernes doce de agosto, día de la bienaventurada Santa Clara, ayuntado el pueblo predicóles y, dicha misa, bautizó muchos niños; y después de comer partióse para su monasterio.

En medio del camino que hay de este pueblo al de Ezatlan se hace una serranía áspera, donde un capitanejo de los alzados, con otros indios llamados yugualuzos lo aguardaron. Y aunque el santo religioso (viendo que venían con mal intento) no se alteró ni demudó, antes los saludó y habló mansamente; ellos, revestidos de la malicia de su padre Satanás, cuyos corazones como el de otro Judas para vender a su maestro estaban ya llenos de su infernal ponzoña, no sólo no estimaron su paternal y mansa salutación; pero olvidados del respeto que como a sacerdote y ministro de Dios le tenían, le respondieron con fiera inhumanidad y crueles flechas, y tan sin piedad le tiraron que entre otras con que le hirieron el cuerpo le enclavaron tres por el rostro y la una de ellas le entró por la boca y le salió por el cerebro; y cayendo en tierra le dieron muchas pedradas y palos en la boca y por todo el cuerpo, como si fuera algún cruel enemigo, habiéndoles sido verdadero y amoroso padre. Y dejándolo de esta manera por muerto se fueron aquellos apóstatas y parricidas alegres en dejarlo por muerto. Los indios que acompañaban al santo mártir, escapándose, fueron con toda brevedad a dar aviso de lo que pasaba, unos a Ezatlan y otros a Ameca,

de donde había salido. Éstos llegaron más presto por estar Ameca más cerca, y halláronlo muy al cabo. Lleváronlo a su pueblo, y aplicándole aquella noche y el otro día siguiente todas las medicinas y remedios que pudieron, vivió aquel día llamando y bendiciendo a Dios y rogando por aquellos que (en la verdad) fueron sus bienhechores. Bien mostró este santo varón haber aprendido en la escuela de Dios esta santa doctrina, enseñándonosla Cristo, enclavado en la cruz, rogando al Padre por el perdón de sus crucifijos;² y San Esteban,³ como verdadero discípulo de este gran maestro hizo lo mismo, dándonos doctrina en esto de que estamos obligados a hacer otro tanto. Luego otro día que fue domingo de mañana, vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, dio su alma a su criador. Cuando llegaron los frailes de Ezatlan con otros españoles e indios, ya el bendito padre era difunto. Los del pueblo de Ameca quisieron mucho quedar con el cuerpo y enterrarlo allí; mas los frailes por ninguna vía quisieron consentir en ello sino llevarlo como lo llevaron a enterrar al monasterio de Ezatlan, juntamente con su compañero fray Juan Calero. El día de la fiesta de la madre de Dios fue sepultado, habiendo concurrido gran número de gente, llorando todos amargamente su cruel muerte. Fueron tantos los llantos y gemidos con que lo enterraron, que ni los frailes podían hacer el oficio, ni alguno se podía contener, sin derramar muchas lágrimas, acordándose del buen padre que perdían; y todos, grandes y pequeños, lo predicaban y aclamaban por mártir de Jesucristo, uno de los españoles que presentes se hallaron a los enterramientos de fray Juan Calero y de su guardián, fray Antonio de Cuéllar, considerando las mercedes que Dios hace a sus siervos no solamente en la vida, mas también en la muerte, honrándolos con corona de martirio, compungido de devoción y deseo de imitar a aquellos bienaventurados, determinó de tomar aquel hábito de los frailes menores; y en cumplimiento de el llamamiento que Dios en él hizo fue luego a un convento de los de Mechoacan (que entonces era custodia de esta provincia) y allí recibió el hábito de nuestro padre San Francisco, para lego. Llámabase fray Miguel de Estivález, religioso, que fue siempre de grande ejemplo y muy trabajador no sólo en su humilde oficio y estado de lego, mas también en la conversión de los infieles, por el buen espíritu y celo que el Señor le comunicó, como dijimos en su vida, y se verá en la del santo fray Francisco Lorenzo. Es aquí de notar una cosa que no debe vacar de misterio, y es el significado de éste nombre Ezatlan, que en lengua mexicana quiere decir lugar de las aguas o arroyos de sangre, donde nuestro Señor fue servido de comprobar con la verdad de la obra, el significado del nombre del pueblo, escogiéndolo por lugar no sólo donde fuese derramada la primera sangre que ofrecieron sus mártires de esta nueva iglesia, sino también por lugar donde se depositasen y guardasen los cuerpos de otros mártires, más que en alguna otra parte de esta tierra; porque también están allí sepultados otros dos, sin los ya nombrados, como adelante se verá en sus lugares.

² Luc. 23.

³ Ac. Apost. 7.